saber; por esto, que lo hiciese saber luego à su señor para ver donde mandaba oir la embajada. Respondió Teudilli que holgaba mucho de oir la grandeza y bondad del señor emperador; pero que le hacia saber como su señor Mocteuhsoumatzin no era menor rey ni menos bueno, antes se maravillaba que hubiese otro gran principe en el mundo, y que pues era así, el se lo haria saber para entender que mandaba hacer del embajador y su embajada, cual le confiaba en la clemencia de su senor; que no selo se alegraria con aquellas nuevas, mas que har a mercedes al que las traia. Tras esta platica hizo Cortes que los españoles saliesen con sus armas en ordenanza al paso y son del pifano, y atambor y escaramuzasen, y que los de à caballo corriesen y se tirase la artilleria, y todo à fin de que aquel gobernador lo dijese a su señor y rey: los indios contemplaron mucho el trage, gesto y barbas de los españoles: maravillabanse de ver comer y correr à los caballos, temian el resplandor de las espadas, caianse en el suelo del golpe y estruendo de la artilleria, y pensaban que se hundia el cielo a truenos y rayos, y de las nãos decian, que venia el Dios Quetzalchuatt con sus templos a cuestas, que era Dios del aire, que se habia ido á Tlapayan y le esperaban. Hecho que fué todo esto, Teudilli gobernador despachó à Mexico a Moteuhsoma con lo que habia visto y oido, y pidiendole oro para dar al capitan de aquella gente, y era porque Cortes le pregunto si Mo-teuhsoma tenia oro, y como respondió que sí, (13) envieme dijo de ello, que tenemos yo y mis compañeros mal de corazon, enfermedad que sana con ello; (12) con estas mensagerias fueron en un dia y una noche del real de Cortès à México, que hay mas de setenta leguas y mal camino, y llevaron pintados la hechura de caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, y cuantos eran los tiros de fuego, y que número habia de hombres barbados: (15) de los navios ya habia avisado asi que los viò, diciendo que tantos, y que tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodon tejido para que Moteuhsoma lo viese. Llegó tan presto esta mensageria tan lejos, porque estaban puestos de trecho á trecho hombres como postas de caballos, que de mano en mano daba uno à otro el lienzo y el recado, y así volaba el aviso: mas se cor-re así que por la posta de caballos, y es mas antigua costum-bre. Tambien envió este gobernador à Moteuhsoma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés dió, las cuales se hallaron despues en sus recámaras.

Qué poco le duró el disimulo!

Efectivamente lo tienen metalizado.

la muchas y asperaino, co. CAPITULO 27 di camino, co.

Del presente y respuesta que Moteuhsoma envió à Cortés.

ides: demas de este, unicha parte de la tierra por don-Despachados que fueron los mensageros, y prometida la respuesta dentro de pocos dias, se despidió Teudilli, y á dos ó tres tiros de ballesta del real de los soldados españoles, hizo hacer mas de mil chozas de rama; dejó allí dos hombres principales como capitanes, con hasta dos mil personas hombres y mugeres de servicio, y fuese à Cotaxta o Cuetlaxtian, lugar de su residencia y morada. Aquellos dos capitanes tenian cuidado de proveer à los españoles, las mugeres molian y amasaban pan de centli, que es mazorca de maiz: guisaban frijoles, carne, pescado y otras cosas de comer: los hombres traian la comida al real, y lo mismo la leña y agua que era menester, y cuanta yerba podian comer los caballos, de la cual por toda aquella tierra están llenos los campos en todo tiempo del año, y estos indios iban la tierra adentro à los pueblos vecinos, y traian tantos bastimentos para todos que era cosa de ver; así pasaron siete ú ocho dias con muchas visitas de indios, y esperando al gobernador y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decian; el cual luego vino con un muy hermoso y rico presente, que era de muchas mantas y ropetas de algodon blancas, de color y labradas como ellos usan, muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma rica, y primorosamente trabajadas: cantidad de joyas y piezas de plata y ore, y dos ruedas delgadas, una de plata que pesaba cincuenta y dos marcos con la figura de la luna, y otra de oro que pesaba cien marcos hecha como sol, y con muchos follages y animales de relieve, obra primorosa. Tienen en aquella tierra à estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan: cada una de ellas tenia hasta diez palmos de ancho y freinta de ruedo; valdria este presente veinte mil ducados, o pocos mas, el cual tenian para dar á Grijalba si no se hubiera ido segun decian los indios, Diòle por respuesta, que Moteuhsomatzin, su señor holgaba mucho de saber, y ser amigo de tan poderoso principe, como le decian que era el rey de España, y que en su tiempo aportasen a su tierra gentes buenas, nuevas, estrañas y nunca vistas para hacerles todo placer y honra; por tanto, que viese lo que necesitaba para el tiempo que allí habia de estar, para si, para su enfermedad, y para sus gentes, y navios, que lo mandaria proveer todo muy cumplidamente, y que si en su tierra habia alguna cosa que le agradase para llevar á aquel su grande emperador de cristianos, que se le daria de muy bueña voluntad; y que en cuanto a que se viesen y hablasen, que lo hallaba por imposible, á causa que como el estaba doliente no podia venir a la mar, y que pensar de ir á donde él estaba, era muy dificil y trabajosisimo, así por cerrille o medano de afona de los cuales hay allí al rededor

Hé visto una antigua pintura de esto en el archivo del congreso general de México. en la Cronica mexicana 6 Tebamos

y navios, que lo mandaria proveer todo muy ofimplidamente, y que si en su tierra ha 20 O TUTIO De le agradase para llevar à aquel su grande emperador de cristianos, que se le

alla diez dias esperando lo que Moteuhsoma mandaba. O ob sid

De como supo Cortés que habia bandos entre los naturales de aquella tierra.

En este medio tiempo andaban ciertos hombres en un cerrillo ó medano de arena de los cuales hay allí al rededor

muchos, y como como no se juntaban ni hablaban con los que estaban sirviendo à los españoles, preguntó Cortès que gente era aquella que se extrañaba de llegar donde èl y ellos estaban: aquellos dos capitanes le dijeron, que eran algunos labradores que se paraban a mirar: no satisfecho de la respuesta sospechó Cortés que le mentian, que le pareció que traian gana de llegar a los españoles, y que no osaban por aquellos del gobernador, y asi era, que como toda la costa y aun la tierra adentro hasta México estaba llena de las nuevas extrañezas y cosas que los nuestros habian hecho en Pontóchan, todos deseaban verlos y hablarlos, y no se atrevian por miedo de los Culhúas que son los de Moteuhsoma, y así envió a ellos cinco españoles que haciendo señas de paz los llamasen, ô por fuerza temasen alguno, y se le tragesen al real. Aquellos hombres que serian como veinte, holgaron de ir para ellos a los cinco estrangeros, y ganosos de mirar tan nueva y extraña gente y navios, se vimeron al ejército y à la tienda del capitan con mucho gusto. Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta alli habian visto, porque eran mas altos de cuerpo que los otros, y porque traian las ternillas de las narices tan abiertus, que casi llegaban à la boca, donde colgaban algunas sortijas de azabache ó ambar cuajado, ó de otra cosa así preciada; traian asímismo horadados los labios bajeros, y en los agujeres unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas, pero pesaban tanto, que derrivaban los bezos sobre las barbillas, y dejaban los dientes de fuera, lo cual aunque ellos lo hacian por gentileza y bien parecer, los afeaba mucho en ojos de los españoles, que nunca habian visto semejante fealdad, aunque los de Motehusoma tambien traian agujerados los bezos y las orejas, pero de chicos agujeros y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenian hendidas las narices, sino con grandes agujeros, pero todos tenian hechos tan grandes agujeros entre las orejas, que pudiera muy bien entrar por ellos cualquier dedo de la mano, y de allí prendian zarcillos de oro y piedras: esta fealdad y diferencia de rostro puso admiracion a los nuestros. Cortés les hizo hablar con Marina Tenépal, y ellos dije. ron que eran de Zempoalan, una ciudad lejos de allí mas de un sol (asì cuentan ellos sus jornadas), y que el término de su tierra estaba á medio camino en un gran rio, que parte mojones con tierras del señor Moteuhsomatzin, y que su cacique los habia enviado à ver què gentes y caballeros venian en aquellos Teócalis, que es como decir templos, y que no se habian atrevido à venir antes ni solos, no sabiendo à que gente iban. Cortés les hizo buena cara, y trato alhagueñamente porque le parecieron bestiales mostrando que se habia holgado mucho en verlos, y en orles la buena voluntad de su señor: diòles algunas cosiltas de rescate que llevasen, y mostróles las armas y caballos, cosas que nunca ellos vieron ni oyeron; y así se an-

daban por el real hechos bobos mirando unas y otras cosas. pero sin tratarse ni comunicarse con los otros indios; y preguntada la india Malintzin Tenépal, que servia de faraute, dijo à Cortés que no solamente eran de lenguage diferente, mas que tambien eran de otro señor no sujeto Moteuhsoma, sino en cierta manera y por fuerza. Mucho se alegró Cortes de tal nueva que ya el barruntaba por las pláticas de Teudilli, que Motezuma tenia por alli guerra y contrarios, y así metiò luego en su tienda tres o cuatro de aquellos que mas entendidos o principales le parecieron, y preguntóles por Marina Tenépal por los señores que habia en aquella tierra: ellos respondieron que toda era del gran señor Motehusoma, aunque en cada provincia ò ciudad habia señor por sì, pero que todos ellos le pechaban y servian como vasallos, y aun como esclavos; mas que muchos de ellos de poco tiempo à aquella parte le reconocian por fuerza de armas, y daban parias y tributo que antes no solian, como era el suyo de Zempoalan y otros sus comarcanos, los euales siempre andaban en guerras con èl por librarse de su tirania; pero no podian, que eran sus huestes grandes y de muy estorzada gente. Cortés muy alegre de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros, y con guerras para poder efectuar mejor su negocio y pensamientos, (16) les agradecio la noticia que le daban del estado y ser de la tierra: ofrecióles su amistad y ayuda: rogòles que viniesen muchas veces á su ejercito, y despidiólos con muchas encomiendas y dones pas su señor, y que presto le iria à ver y servir.

CAPITULO 29.

De como entró Cortés á ver la tierra con cuatrocientos compañeros.

Volvió Teudilli al cabo de diez dias, y trajo mucha ropa de algodon y ciertas cosas de pluma bien hechas, en cambio de lo que envió á Mèxico, y dijo que se fuese Cortès con
su armada, porque era escusado por entonces verse con Motehusoma, y que mirase qué era lo que queria de la tierra, y que
se le daria, y siempre que por allí pasasen haria lo mismo.
Cortés le dijo que no haria tal, y que no se iria sin hablar al
gran Motehusoma. El gobernador replicó que no porfiase mas
en ello, y entre tanto se despidió, y luego aquella noche se fué
con todos sus indios è indias que servian y proveian al real, y
cuando amaneció ya estaban las chozas vacias. Cortés se receló de aquello, y se apercibió à batalla; mas como no vino gen-

te atendió à proveer de puerto para sus nãos, y á buscar bien asiento para poblar, pues su intento era permanecer alli y conquistar aquella tierra, porque habia visto grandes muestras y senales de oro y plata, y otras riquezas en ella; pero no halló avio ninguno en una gran legua á la redonda, por ser todo aquello arenates, que con el tiempo se mudan á una parte y á otra, y terra anegadiza y húmeda, y por consiguiente de mala vi-vienda, por la cual despachó a Francisco de Montejo en dos bergantines con cincuenta compañeros y con Antón de Alaminos piloto, à que siguiese la costa hasta topar con algun razonable puerto y buen sitio de poblar. Montejo corrió la costa sin hallar puerto hasta Panuco, si no fué el abrigo de un penol que estaba salido de la mar; volvióse al cabo de tres semanas que gastó en aquel poco camino, huyendo de tan mala mar como habia navegado, porque dió en unas corrientes tan terribles, que yendo a vela y remo tornaban atras los bergantines; pero dijo como le salian los de la costa y se sacaban sangre y se la ofrecian en pajuelas por amistad ó deidad. cosa amigable. Harto le pesò a Cortés la poca relacion de Montejo, pero todavia propuso de ir al abrigo que decia por estar cerca de el dos buenos rios para agua y trato, y grandes montes para leña y madera, mucha piedra para edificar, y muchos pastos, y tierra llana para labranzas, aunque no era bastante puerto para poner en él la contratacion y escala de las naves si poblaban por estar muy descubierto y travesia del norte, que es el viente que por alli mas corre y dana; de manera pues. que como se fueron Teudilli y los otros de Moteuhsoma, dejándolo en blanco, no quiso que le faltasen vituallas alli, ó diesen las naves al través: y asi hizo meter en los navios toda su ropa, v él hasta con cuatrocientos y todos los caballos, siguió por donde iban y venian aquellos que le proveian, y á tres leguas que andu o llegó á un muy hermoso rio, aunque no muy hondo, porque se pudo vadear á pie; halló luego en pasando el rio una aldea despoblada que la gente con miedo de su ida, habia echado á huir: entró en una casa grande que debia ser del señor hecha de adoves y maderos: los suelos sacados á manos mas de un estado encima de la tierra, los tejados cubiertos de paja, mas de hermosa y extraña manera: por debajo tenia muchas y grandes piezas, unas llenas de cantaros de miel. de centli que es mazorca de maiz, frijoles y otras semillas que comen y guardan para provision de todo el año, y otras llenas de ropa de algodon, y plumajes con oro y plata en ellos: mucho de esto se halló en las otras casas que tambien eran casi de la misma hechura. Cortés mandó con público pregon, que nadie tocase á cosa ninguna de aquellas, pena de muerte, ecepto los bast mentos por cobrar buena fama y gracia con los de la tierra. Habia en aquella aldéa un templo que parecia casa en los aposentos, y tenia una torrecilla maciza con una como

^[16] Atiendan los que no aprecian la union. Hé aquí la única causa de la ruina de este imperio. Todos sus moradores eran calientes, pero no todos estaban unidos en opiniones y voluntad.

eapilla en lo alto, à donde subian por veinte gradas, y dande estaban a gunos idolos de bulto. Hallaronse alli muchos papeles del que ellos usan ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, (á lo que Marina Tenépal dijo,) y tambien se hallaron el tajon sobre que pon an los sacrificados, y los navajones de pedernal conque los abrian por los pechos, y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda, con cuya sangre untuban los idolos y papeles que ofrecian y quemaban; grandisima compasion y aun espanto puso aquella vista á los españoles. De este lugarejo fué á otros tres ó cuatro que ninguno pasaba de doscientas casas, y todos los hallo desiertos, annque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornose de alli porque no hacia fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navios y de enviarlos por mas gente, y porque deseaba asentar ya, detúvose en esto diez dias tan terribles, que vend

graduate v stero al CAPITULO 30, o ejib oraq talanthas

Como dejó Cortés el cargo que llevaba.

Como Cortés fuè vuelto à donde los navios estaban con los demas españoles, hablóles á todos juntos diciéndoles, que ya veian cuanta merced Dios les habia hecho en guiarlos y traerlos sanos, y con bien à una tierra tan buena y tan rica, segun las muestras y apariencias que habian visto en tan breve espacio de tiempo, y cuan abundosa de comida, poblada de gente mas vestida, mas pulida y mas de razon, y que mejores edificios y labranzas teman, que cuantas hasta entonces se babian visto ni descubierto en Indias, y que era de creer ser mucho mas lo que no veian que lo que parecia: por tanto que debian dar muchas gracias à Dios, y poblar alli, y entrar la tierra adentro a gozar la gracia y mercedes del Señor, y que para poder hacerlo mejor, le parecia asentar al presente alli, ó en el mejor sitio ó puerto que hallar pudiesen, y fortificarse muy bien con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no holgaban mucho con su venida y estada, y auntambien para desde alli poder con mas facilidad tener amistad y contratacion con algunos indios y pueblos comarcanos, como era Zempóalan, y otros que habia contrarios y enemigos de la gente de Moteuhsoma; y que asentando y poblando podian deseargar los navios, y enviarlos luego á Cuba, Santo Domingo, Jamaica, Boriquen y otras islas, o a España por mas gente, armas, caballos, vestidos y bastimentos: y demas de esto era razon enviar relacion y noticia de lo que pasaba à España al emperador y rey su señor, con la muestra de oro y plata y eosas ricas de pluma que tenian; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, el queria como su capitan nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos les otros oficios que eran menester para el regimiento y buena gobernacion de la villa que habian de hacer, los cuales velasen, rigiesen y mandasen, hasta tanto que el emperador proveyese y mandase lo que mas á su servicio conviniese, y trás esto tomò la posesion de aquella tierra con la demas por descubrir en nombre del emperador D. Carlos rey de Castilla: hizo los otros actos y diligencias que en tal caso se requerian, y pidiólo asì por testimonio á Francisco Fernandez, escribano real, que estaba presente. Todos respondieron que les parecia muy bien lo que habia dicho, y loaban y aprobaban lo que queria hacer Cortés, por tanto que lo hiciese así como lo decia; pues ellos habian venido con el para seguirle y obedecerle. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano, y todos los demas oficios á cumplimiento de cabildo entero en nombre del emperador su natural señor, y allí mismo les entregò las varas, y puso nombre al consejo de la villa rica de la Veracruz, porque el viernes de la cruz habian entrado en aquella tierra. Trás estos autos hizo Cortés luego otro ante el mismo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, en que dejó, cedió y desistió en manos y poder de ellos como justicia real y ordinaria el mando y cargo de capitan general, y descubridor que le dieron los frailes gerónimos que residian y gobernaban en la isla española, y habia ejercido hasta allí; presentóles cédulas y papeles que traía por donde constaba, y puso el palo y el mando en manos del consejo para que nombrasen á dichos cargos, y los ejerciese el que fuese elegido por ellos, y con esto se fue y metiò en su tienda. Causó tanta terneza y amor á todos los presentes esta accion de Cortés, que todos á una voz dijeron y pidieron al consejo, que en nombre del rey mandasen à Cortés tornase à ejercer los dichos cargos de capitan general, y descubridor de la tierra ganada y de la que se conquistase, y con efecto por mandado del consejo puso el escribano de cabildo, y le notificó un auto en que le mandaban en nombre del emperador, ejerciese los referidos cargos hasta que el rey determinase lo que conviniese á su real servicio, y así Cortès obedeció lo que se le mandaba tomándolo todo por testimonio,Aquí faltan al manuscrito de Chimalpain dos hojas, por lo que queda interrumpida la relacion: desde luego podre suplirla teniendo á la vista el texto mazorral de Bernal Diaz del Castillo que hé preferido por haber sido soldado del ejèrcito de Hernan Cortés, y testigo presencial de lo que refiere; no lo trasladarè á la letra, pero si diré lo mismo que él diria si existiera en la època presente, y hablàra como en el siglo 19, economizando los arcaimos conque algunos quieren remedar la habla antigua española, ó substituirla con la xerga francesa de nuestros periódicos cuya lectura estómaga á los hombres de regular gusto.

"Los soldados del bando de Diego Velazquez (que no eran pocos) habian cesado en sus murmuraciones despues de que el nombramiento de General fué confirmado por el ayuntamien. to de Veracruz que Cortés maneramente habia establecido para asegurarse en su autoridad: habia ganado á unos con dádivas, é impuesto à otros con amenazas y castigos; así es que por semejantes medios logró hacer en lo succesivo de los partidarios mas acérrimos de Velasquez, unos amigos fieles que te ayudaron en la conquista; aunque otros que participaron de sus beneficios se le tornaron en enemigos crueles é inexôrables. Veianse sin embargo de esto en frente del real de Cortés una horca y una picota que formidaban á los revoltosos, y les quita-

ban la esperanza de intentar una nueva sedicion.

"El terreno caluroso de la playa de Veracruz donde el ejército campaba, no permitia que permaneciese allí por mas tiempo: aumentaban á lo vencido de la estacion el mosco y el gegè, insectos insufribles, una incomodidad dificil de explicar: casi estaban agotados los víveres, no tanto porque se hubiesen consumido por la tropa, cuanto porque se encontraban corrompidos con el calor del pais; temíase llegar á la carencia total de ellos por haberse retirado los incios de Cotaxtlan y de otros pueblos vecinos que los ministraban en abundancia, sin que para suplir su falta hubiese bastado que Pedro de Alvarado se internára á doce leguas de las inmediaciones para recoger algunos. La inseguridad del puerto (si puede darse este nombre à una rada abierta,) y sobre todo el temor de que los amigos de Diego Velazquez persistesen en la idea de reembarcarse para Cuba, teniendo oro de que disponer adquirido en los rescates; todo esto decidió á Cortés à trasladar su ejército al pueblo de Chiavistlán para que las naves en el peñol y puesto situado en frente del puerto á distancia como de una legua tuviesen mayor seguridad.

Partió pues Cortés marchando costa a costa con su tropa, y llegó al rio de la Antigua que venia algo crecido: pasáronlo los soldados en unas canóas quebradas que acaso hallaron, algunos á nado como Bernal Diaz, y otros en balsas. De la parte de allá se veian unos pueblos sujetos á Zempóalan, en los que encontraron vestigios é instrumentos de sacrificios humanos, ídolos, plumas de papagallos y muchos libros de papel de metl ó de pita, cosidos en varios dobleces como se usan en Castilla; pero no hallaron á persona alguna de quien tomar lengua porque los naturales se habian huido de miedo á lo interior; por tanto aquella noche no tuvieron los españoles que cenar. Al dia siguiente caminaron tierra adentro acia el occidente, dejando la costa è ignorando el camino que llevaban. Hallaronse en unos buenos prados donde estaban paciendo en manada unos venados, y Pedro de Alvarado que montaba una yegua alazana de su propiedad, corrió tràs de uno, diòle una lan-

zada conque lo hirio, pero no pudo haberlo à las manos porque se entró monte á dentro. En esta sazon vieron venir hasta doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde durmieron la noche anterior, que venian de hablar á su cacique, y traian guajolotes y tortillas que presentaron por obsequio à Cortès de parte de su señor, suplicandole pasase á su pueblo que distaba de allí un sol, ó sea una jornada; dióles las gracias, los halagó, y caminaron para otro pueblo donde hicieron alto; allí tambien observaron los españoles vestigios de otros sacrificios que habian hecho de sangre humana; objetos horrorosos eran estos que ponian pavor".... (Sigue el texto de Chimalpain.) Despues vieron los españoles en un cerrito hasta veinte personas. Cortès entonces enviò allá cuatro de á caballo, y mandóles que si hacièndoles señas de paz huyesen, corriesen tras ellos y los trajesen, porque eran menester para lengua y guia del camino y pueblo, pues que iban ciegos y á tino, sin saber por donde echar à poblado: los de á caballo fueron, y ya que llegaron junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecia monstruo, y que caballo y hombre era todo una cosa; pero como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron y ellos se rindieron como que no traian armas, y asì los trajeron todos á Cortés: tenian las orejas, narices y rostros con grandes y feos agugeros, y zarcillos como los otros que dijeron ser de Zempóalan, y así lo dijeron ellos y que estaba cerca la ciudad; preguntados que á què venian, respondieron que à mirar, y por què huian, dijeron que de miedo de gente no conocida: Cortés los aseguró entonces, y les dijo como él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar á ver y hablar á su señor como amigo con mucho deseo de conocerle, pues no habia querido venir, ni salir del pueblo y por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Zempóalan, pero que le llevarian à una aldèa que estaba de la otra parte del rio, y se veia desde allì, donde aunque era pequeña tendria buena posada y comida por aquella noche para toda su compañia. Cuando llegaron allá algunos de aquellos veinte indios, se fueron con licencia de Cortés à decir à su señor como quedaban en aquel lugarejo, y que otro dia tornarian con la respuesta; los demas se quedaron allí para servir y proveer á los españoles y nuevos huéspedes, y asi los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y mas fuerte que pudo. La mañana siguiente bien temprano vinieron á él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se habia holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar no venia, pero que quedaba esperándole en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por donde le guiaron muy presto en ordenanza, y con dos tirillos á pun-

to por si algo aconteciese; desde que pasaron aquel rio hasta llegar á otro, caminaron por muy gentil camino; pasáronle tambien á vado, y luego vieron á Zempoalan que estaria lejos una milla, toda rodeada de jardines y frescura, y muy buenas huertas de regadio. Salieron de la ciudad muchos hombres y mugeres como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y mas que hombres, y dábanles con alegres semblantes muchas flores en ramilletes y frutas muy diversas de las que los nuestros conocian, y aun entraban sin miedo entre la ordenanzadel escuadron. De esta manera, y con este regocijo y fiesta entraron en la ciudad, que toda era un vergél, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecian las casas: á las puertas salieron muchas personas de lustre á manera de cabildo, á los recibir, hablar y ofrecer. Seis españoles de á caballo que iban delante un buen treeho como descubridores, tornaron atrás muy maravillados ya que el escuadron entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron á Cortés que habian visto un patio de una gran casa chapado todo de plata: él les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagro de ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza vieron à mano derecha un gran cercado de cal y canto con sus almenas, y muy bien blanqueado de yeso de espejuelo, y muy bien bruñido, que con el sol relucia mucho y parecia plata, y esto era lo que vieron y pensaron aquellos españoles que eran chapas; creo que con la imaginación y buenos deseos que llevaban, todo se les antojaba, plata y oro, lo que relucia, y á la verdad como ello fue imaginacion, así fué imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Habia dentro de aquel patio cercado una muy buena hiléra de aposentos, y al otro lado seis ó siete torres cada una por sí, y la una mas alta que las otras; pasaron pues por allí callando muy disimulados aunque engañados, y sin preguntar nada, siguiendo todavia à los que guiaban hasta llegar à las casas y palacio del señor, el cual entonces saliò muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demas, y à par de si, dos caballeros segun su ábito y manera que le traian del brazo. Como se juntaron èl y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesia al otro á fuèr de su tierra, y con los farautes se saludaron en breves palabras, y así se tornó á entrar luego en palacio y señaló personas de aquellas principales, que acompanasen y aposentasen al capitan y á su gente, los cuales llevaron á Cortes al patio cercado que estaba en la plaza, donde eupieron todos los españoles por ser de muchos aposentos y buenos. Luego que entraron se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaban que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, colocar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalecerse allí como en real y junto á

los enemigos, y mandó que ninguno saliese fuera por necesidad que tuviese sin expresa licencia suya, só pena de muerte: los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas à su usanza.

CAPITULO 31.

Lo que dijo Cortés al señor de Zempóalan.

Otro dia por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañia, y trájole muchas mantas de algodon que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y c ertas joyas de oro que valdrian dos mil ducados: dijole que descansase y tomase placer èl y los suyos, que por eso no le queria dar pesadumbre ni hablarle en negocios, y asi se despidio. Entonces como habia hecho el dia antes, dijo que pidiesen lo que hubiesen menester o quisiesen. Luego que se fué entraron sus criados con mucha comida guisada; mas indios que españoles eran y con grande abundancia de frutas y ramilletes, y de esta manera estuvieron allí quince dias proveidos abundantisimamente. Otro dia enviò Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á verle y hablarle, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y que no le fuese á visitar; respondió que le placia y holgaba de ello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demas en el patio y aposento con un capitan, apercebidos muy bien, se fué á palacio: el señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja, que allí como tierra calorosa no fabrican en alto mas de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á donde suben por escalones, y sobre aquello arman las casas, y cimentan las paredes que son de piedra ó adoves, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ú hoja, tan bien y hermosamente puesta, que hermoséa y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentironse en unos banquillos como tejoncillos labrados, y hechos de una pieza pies y todo. El señor mandò á los suyos que se desviasen ò se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron un gran rato en demandas y respuestas; porque Cortés deseaba informarse de las cosas de aquella tierra, y de aquel gran rey Moteuhsoma, y el señor no era nada necio aunque gordo en demandar puntos y preguntas: la suma del razonamiento de Cortés fuè darle cuenta y razon de su venida, y de quien y à qué le enviaba, como la habia dado en Tabasco, y à aquel señor que se decia Teudilli y à otros. Aquel cacique despues de haber oido con atencion á Cortès, comenzò muy de raiz una plática larga, digiendo como sus antepasados habian vivido con gran quietud,

paz y libertad, mas que algunos años habia que estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido; porque los señores de México Tenuchtitlan con su gente de Culhua, habian usurpado no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender; mayormente que à los principios entraban por via de religion, con la cual juntaban despues las armas, y asi se apoderaban de todo antes que se catasen de ello, y ahora (dijo) que han caido en tan gran error no pueden prevalecer contra ellos, ni desechar el yugo de su servidumbre y tirania, por mas que lo han intentado tomando armas; antes cuanto mas las toman, tanto mayores danos les vienen, porque à los que se les ofrecen y dan, con ponerles cierto tributo y pecho, ó reconociendolos por señores con algunas parias los reciben y amparan, los tienen como amigos y aliados; pero si les contradicen y resisten, y toman armas contra ellos, ó se rebelan despues de una vez sujetos y entregados, castiganlos terriblemente matando á muchos y comièndoselos, despues de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Huitzilopuchtli, y sirviéndose de los demas que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre, hijo y muger desde que el sol sale hasta que se pone, y sin esto les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazon poseen; y demas de todos estos vituperios y males, les envian á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevan lo que hallan, sin tener compasion de dejarlos morir de hambre. Siendo pues de esta manera tratados de Moteuhsoma que hoy reina en México, (añadió) ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto mas amigo de tan bueno y justo principe como le decian que era el emperador, siquiera por salir de estas vejaciones, robos, y agravios y fuerzas de cada dia, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Parò aquí enternecièndosele los ojos y el corazon; mas tornando en si, encareció la fortaleza y asiento de México sobre agua, y engrandeciò las riquezas, corte, grandes huestes, y poderio de Moteuhsoma: dijo asimismo como Tlaxcalan Huexotzinco y otras provincias por allí con la serrania de los Totonaques, eran de opinion contraria á los mexicanos, y tenia ya alguna noticia de lo que habia pasado en Tabasco: que si Cortès queria, que trataria con ellos una liga de todos, que no bastase Moteuhsoma contra ella. Cortés holgandose con lo que oia, (que hacia mucho á su propósito,) dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacia en sus tierras y súbditos; mas que tuviese por cierto, que èl se lo quitaria y aun se lo vengaria, porque no venia sino à deshacer agravios (16)

y favorecer los opresos, ayudar á los menesterosos, y quitar tiranias; y fuera de esto, èl y los suyos habian recibido ensu casa tan buen acogimiento y obras, que quedaba en obligacion de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mismo haria con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venia, y que por ser de su parcialidad seria su amigo, y les ayudaria en lo que mandasen. Con esto se despidió Cortés diciendo, que había muchos dias que estaba allí, y tenia necesidad de ver la otra su gente y navios que le aguardaban en Chiaviztlan, donde pensaba tomar asiento por algun tiempo, y donde se podrian comunicar. El señor Zempóal dijo, que sí queria estar alli mucho en buena hora, y si no que cerca estaban los navios para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parecian moriscas, una de las cuales traia mejores ropas de algodon, y mas labradas, y algunas piezas de oro y joyas encima, y dijo que todas aquellas mugeres eran ricas y nobles, y que la del oro era la señora de vasallos y sobrina suya, la cual dió á Cortés con las demas para que la tomase por muger, y las diese á los caballeros de la compañía que quisiese en prendas de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibio el don con mucho contento por no enojar al dador, y así se partió, y con él aquellas mugeres en andas de hombres con otras muchas que las sirviesen, y otros muchos indios que le acompañasen à él, y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

CAPITULO 32.

Lo que sucedió à Cortés en el puerto Chiaviztlan, y otras cosas notables.

El dia que partieron de Zempóalan llegaron á Chiaviztlan, y aun no habian llegado los navios de que mucho se maravilló Cortés por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco mas del peñon en un repecho que se llamaba Chiaviztlan, y como Cortés estaba ocioso fuè allà con los suyos en orden, y con los de Zempóalan, que le dijeron era de un señor de los opresos de Moteuhsoma; llegó al pie del cerro sin ver hombre del pueblo, sino dos que no los entendiò Marina: comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de á caballo quisiéranse apear porque la subida era muy agria y àspera. Cortés les mando que no, porque los indios no sintiesen que habia, ni podia haber lugar por alto y malo que fuese donde el caballo no subiese, y asì subjeron poco á poco, y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie temian algun engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo hasta encontrar una docena de hombres honrados, que traian un faraute que sabia la lengua de Cul-

^[16] Con razon se ha dicho que el tipo que Cervantes se propuso en su Quijote fué à Hernan Cortés. Hélo aquí un caballero andante pintiparado.

húa y la de alli, que es la que se usa y habla en toda aquella serrania que llaman Totonác, los cuales dijeron, que gente de tal forma como los españoles ellos no habían visto jamas, ni oido que hubiesen venido por aquellas partes, y que por eso se escond an; pero que como el señor de Zempóalan les habia hecho saber quienes eran, y certificado ser gente pacifica, buena y no dañosa, se habian asegurado y perdido el miedo que cobraron viendolos ir ácia su pueblo, y así venian á recibirlos de parte de su señor y à guiarlos á donde habian de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una plaza donde estaba el senor del lugar muy acompañado, el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extrangeros con tan largas barbas: tomó un braserillo de barro con asquas, echó una cierta resina que parece anime blanco y huele á incienso, y saludò à Cortés incensando, que es ceremonia que usan con los señores y con los dioses. Cortès y aquel señor se sentaron bajo de unos soportales de aquella casa, y entre tanto que aposentaban la gente le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como habia hecho á todos los demas por donde habia pasado; el señor dijo casi lo mismo que el de Zempòalan, y aun con harto temor de que Moteuhsoma no se enojase por haber'e recibido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos mosqueadores grandes de pluma: el señor y los suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntò por qué, y dijéronle que porque venian aquellos recaudadores de las rentas de Moteuhsoma, y temian que dijesen como habian hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés los esforzó diciendo que Moteuhsoma era su amigo, y haria con èl que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaria que le hubiesen recibido en su tierra, donde no que él los defenderia, porque cada uno de los que consigo traia bastaba para pelear con mil de México, como ya sabia muy bien el mismo Moteuhsoma por la guerra de Pontóchan. No se aseguraban nada el señor y los suyos por lo que Cortés les decia, antes se queria levantar para recibirlos y aposentarlos; tanto era el miedo que á Moteuhsoma tenian. Cortés detuvo al señor y dijole, porque veais lo que podemos yo y los mios, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de México, que yo estaré aquí con vos, y no bastará Moteuhsoma à os enojar, ni aun él querrà por mi respeto. Con el ánimo que de estas palabras cobrò, hizo prender aquellos mexicanos, y porque se defendian les dieron buenos palos, pusieron à cada uno de por si en prision en un pie de amigo, que es un palo largo en que les atan los pies al un cabo, y la garganta al otro, y las manos en medio, y han de estar por fuerza tendidos en el suelo. Luego que los ataron preguntaron si los matarian. Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen allí y los velasen no se les fuesen; ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusiéronlos à la redonda de él con muchas guardas. Cortés puso algunos españoles tambien de guarda à la puerta de la sala, y fuese à cenar á su aposento donde tuvo harto para sì, y para todos los suyos de lo que el señor les mandó.

CAPITULO 33. al a nev on agenta

Embajada que Cortès mandó al rey Moteuhsoma.

Cuando les pareció tiempo de que ya reposaban los indios por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos, que procurasen soltar un par de ellos sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trajesen. Los españoles se dieron tal maña, que sin ser sentidos cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres y soltaron dos de ellos; los trajeron á la cámara donde Cortés estaba, el cual hizo como que no los conocia, y preguntóles con Aguilar y Marina que le d jesen quienes eran y qué querian, y que por qué estaban presos: ellos d'jeron que eran vasallos de Moteuhsomatzin, y que tenian cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabian la causa por qué los habian prendido y maltratado; antes si se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salian otras veces á recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creian, que por estar él alli con todos sus otros compañeros que decian ser inmortales, se les habian atrevido aquellos serranos, y aun temian no matasen à los que presos estaban, segun eran aquellos de alli bárbara gente, antes que Moteuhsoma lo supiese, contra el cual holgarian rebelarse por darle costa y enojo si hallasen coyuntura, que otras veces lo solian hacer: por tanto que le suplicaban hiciese como ellos y los otros sus compañeros no muriesen, ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos, que recibiria su senor mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padecian mal por servir bien. Cort ès les dijo, que le pesabamucho que el señor Moteuhsoma fuese deservido siendo su amigo donde estaba, ni sus criados maltratados, que habia de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias à Dios del cielo, y al que los mando soltar en gracia y amistad de Moteuhsoma, para despacharlos luego á México con cierto recado; por eso que comiesen y se esforzasen á caminar encomendándose à sus pies, no los cojiesen otra vez que seria peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocia el pan por irse de allí. Cortès los despidió luego, y los hizo sacar del pue-